



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS PINTORES
GONZALO BILBAO



Un *Idilio* encantador
le dió justa nombradía
de poeta y de pintor,
porque es una poesía
llena de luz y color

SUMARIO

TEXTOS: De todo un poco, por Luis Taboada.—Efecto de sol, por José Estremera.—Un puesto del Rastro, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clarín.—La autoridad nocturna, por Sinesio Delgado.—A Dolores, por Julián G. Cuenca.—El mendigo pecador, por Emilio de Motta.—En un abanico, por Carlos Ossorio y Gallardo.—El Padre Alonso, por José María de Luna.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Gonzalo Bilbao.—La medicina.—Los complacientes, por Cilla.



Algunos sujetos dan ahora en la flor de no pagar el gasto que hacen en los establecimientos públicos. Llegan, toman lo que más les gusta, y se van sin decirle al mozo: «Buenos ojos tienes.»

El caso es que si la costumbre se generaliza, los cafeteros cerrarán las puertas, y no vamos a tener dónde pasar las noches del invierno.

Porque en los teatros va a suceder dos cuartos de lo mismo.

Las empresas ven con amargura que todos los mortales solicitan billetes de favor. Desde la princesa altiva a la que pesca en ruín barca, todas procuran encontrar la felicidad por el camino del privilegio, y llegará un día en que digan los empresarios:

—Sí señor; yo he vivido algunos años con el producto de las comedias; pero como ahora no paga nadie, voy a ver si pongo una fábrica de fideos y coloco en ella a los artistas de la compañía.

Y entonces se dará el caso de que algún primer galán, especialista en redondillas, resulte una verdadera notabilidad haciendo cucuruchos, ó manejando el perol de los tallarines.

En medio de todo, puede que este cambio de profesión tuviera sus ventajas. Hay actores que ganarían mucho a nuestros ojos si en vez de exhibirse en los escenarios como galanes jóvenes, ó graciosos, ó simples racionistas, se dedicasen a componer paraguas ó a vender pasta mineral catalana en la Plaza Mayor.

En casi todas las familias hay algún chico con disposiciones teatrales que comienza por recitar versos del *Tenorio* cuando chiquitín, y acaba por salir en la Alhambra en una función de aficionados desvalidos haciendo *El Gran Galeoto*.

—Pepito, estudia—le dice el padre.

—No puedo, papá: a mí lo que me tira es el teatro—contesta él.

La familia sufre.

—¿Qué tiene V., Doña Ramona?—preguntan a la madre, al verla abatida y con dos parches de hule en las sienes.

—¿Qué quiere V. que tenga? Pepito no quiere estudiar; dice que si no le dejamos ser actor, es capaz de matarse.

—¡Jesús!

—Como tener disposición, la tiene. Hace pocas noches que trabajó en el Liceo Rius, y le echaron dos coronas y una libra de picadura; pero ni su padre ni yo queremos verle en las tablas.

Poco a poco el chico va venciendo los escrúpulos de la familia, pues nunca falta un amigo cariñoso que diga sentenciosamente:

—¡Qué demonio! El muchacho vale; créanme ustedes a mí. Le he visto hacer la otra noche *Guzmán el Bueno* en el teatro de las Aguas, y pude notar que tiene muchísima disposición; y eso que el pobrecillo sacaba una peluca que parecía un felpudo; pero así y todo, hizo llorar a la concurrencia.

El muchacho acaba por no matricularse. En cambio se

pasa el día recitando escenas de su repertorio, y pintándose la cara delante del espejo. A lo mejor aparece delante de sus padres con barba postiza y melenas de cáñamo, teñidas en casa.

—¡Jesús! ¡Qué condenado!—grita la mamá.—¿Qué te has puesto en esa cara?

—Me estoy caracterizando para hacer el Walter de *La Huérfana de Bruselas*.

—¿Y cuándo va a ser eso?

—Mañana, en el Teatro del Recreo, á beneficio de un fotógrafo que se cayó de un andamio y perdió la cámara oscura.

La familia tiene que transigir, y accede á que Pepito forme parte de una compañía que va á Cuenca, contratada por un albañil ilustrado que se quiere enriquecer por medio de las empresas artísticas.

A los dos días, el papá de Pepito recibe el siguiente telegrama:

«Debutamos éxito. Yo alboroto. Remite cinco duros.—Pepé.»

Y al mes escaso, el joven aparece una mañana en Madrid embozado en la capa, con zapatillas y gorra.

—¿Qué es esto?—exclama el padre.

Pepito se desemboza, y la familia lanza un grito. El joven actor no trae más que la camisa á raíz de la carne.

Además, la camisa está rota.

—¿Cómo vienes así?—se le pregunta.

—Lo hemos perdido todo—contesta él;—pero la honra artística se ha salvado.

—¿Y ese chirlo de la frente?

—Esto me lo hice en la caída del *Tenorio* cuando me mata D. Juan; pero me lo ha agrandado ayer el albañil con un palo al ir á pedirle mis sueldos.

Pepe acaba por quedarse en Madrid como racionista, y sale en muchas obras con frac y pantalón corto para sacar la carta que resuelve casi todos los conflictos dramáticos.

En los papelitos de criado que no habla, es una notabilidad. Algunas veces hace de transeunte que tampoco habla, ó de *contadado primero*, que tiene que decir con entonación alegre:

—Ea, á la mesa, señores.

Y el público suele acoger esta frase con una risotada; pero Pepito continúa impertérrito por el camino del arte, y dice á sus antiguos condiscípulos:

—¡Qué tontos sois en estudiar y en quemaros las cejas! ¿No me veís á mí? ¿Puede haber gloria más positiva que la del actor dramático? Nunca olvidaré lo que me pasó en Cuenca. El mismo Gobernador me echó dos palomas y un ejemplar de la *Ley de Ayuntamientos*.

La herida de *Frasuelo*, que es el asunto más entretenido de la semana, continúa mejorando.

Gracias á la actividad de los periodistas, hemos tenido el consuelo de saber á todas horas cómo seguía el famoso matador.

—Y en este momento ¿cómo está?—preguntábamos.

—Bien. Acaba de pedir un pitillo.

—¿Y lo fumó?

—Todo. A las doce dijo: «rediós» y se rascó la nariz; después preguntó si llovía y á cuántos estamos.

Yo he salido á escape, para llevar la noticia á mi periódico, y me vuelvo allá corriendo.

—No deje V. de pasarse por aquí cuando se sepa algo más. La impaciencia me devora.

—Esté V. tranquilo... Vaya, abur.

—Felizmente, la herida no ha sido tan grave como se creyó en los primeros momentos, y ha vuelto la paz á los espíritus taurómacos. Así y todo, hay hombre que no hace nada á derechas ni tiene punto de reposo, y á quien dice su mujer:

—Robustiano, ¿por qué no comes? Robustiano, ¿por qué no le pegas al niño, que le ha roto la nariz al busto de Garibaldi? Robustiano; á tí te pasa algo.

—Déjame, Filomena. Ya sabes que cuando me pongo así, no quiero que se me hagan preguntas.

—Pero, ¿has tenido algún disgusto?

—Sí; he pedido á la familia de Salvador que me permitiese velar al enfermo, y me contestó que no era necesario. Daría cinco duros porque me dejasen dormir á los piés de la cama sobre un ruedo, aunque no fuera más que para que rabiasen mis compañeros de oficina. Les he dicho que *Frascuelo* y yo éramos como hermanos, y figúrate tú la envidia que me tendrán.

Hay personas que cifran todo su orgullo en ser amigos de *Lagartijo* ó del *Gallo* ó de *Cara-ancha*, ó de cualquier otro que gaste coleta.

En cierta ocasión nos decía uno de estos entusiastas:

—¡Las juergas que hemos corrido *Cacheta* y yo!... ¿Ve V. esta cicatriz que tengo en la mano? Pues, me la ha hecho el *Tripas*.

—¿Con qué?

—Con una patada.

Hay fin, que el mundo está «trastornado»; por lo cual, perdidas ya las ilusiones, ponemos término á esta revista y nos vamos á meditar un ratito.

LUIS TABOADA.

EFEECTO DE SOL

Hermosa, de tal manera
tus ojos claros me tienen,
que hasta al sol que nos alumbra
maldigo incesantemente.
Paso, por verte, tu calle,
y nunca consigo verte;
que el sol, con quien rivalizan
los dos que en tu cara tienes,
para vengarse tan sólo
está de tu casa enfrente
desde las once del día
hasta que desaparece.
Por eso yo, le maldigo;
pues tú, para defenderte,
mandas echar las persianas
y que los balcones cierren.
¿De qué me sirve que cruces
por tu calle muchas veces
si el sol á eterna clausura
que te condena parece?
¿De qué sirve que anhelante
frente á tus balcones llegue
alegre con la esperanza,
si triste me vuelvo siempre?
Del sol he sido hasta ahora
un adorador ferviente;
que el sol para mí es la vida...
por eso mi alma te quiere;
pero ya á perpetuas nubes
condenado quiero verte.

ya que tú por tu modestia
avergonzarle no intentes.
Sai, mi niña, á los balcones
aunque el sol sofoque y quemee;
que tú eres de la familia
y no pensaré ofenderte.
Antes, viéndote, será
fácil que diga entre dientes:
—«Hombre, estando esa muchacha
que miro frente por frente
en el mundo, no hay motivo
para que yo me moleste
y me levante temprano
dejando las plumas muelles
y de mi largo paseo
desde Leván e á Poniente
dejando á la dulce Aurora
llorando mi ausencia siempre.»
Tengo, niña, por seguro
que, si el astro rey da en verte
viendo que con él compites
en lo que á él solo compete,
si no abdica en tu persona
de los derechos que tiene,
al menos te hace virreina
de los espacios celestes.
Haz que abran, pues las persianas
y que nunca más las cierren,
y mira al sol cara á cara
aunque de envidia le quemes.

JOSÉ ESTREMEZA.

UN PUESTO DEL RASTRO

LAS BARATIJAS DEL PELÓN

Una silla sin patas ni asiento,
varios trozos de un lecho nupcial
al que dieron bastante tormento
dos tiernos esposos de Navalmoral.
Dos macetas con flores cordiales,
un serrucho junto á un polizón;
cinco ó seis ratoneras iguales
por cuyas rendijas se sale el ratón.
Una gorra de Rata primero,
una imagen de San Sebastián
que se encuentra tapando el puchero
do hacían las sopas al Gran Capitán.
Un cepillo con dos ó tres cerdas,
una bata de rico satén
y un violín sin clavijas ni cuerdas
que el año del hambre sonaba muy bien.
Dos quinqués, un gabán de verano,
un tricórnio de guardia civil,
y entre piezas de canto y piano
los restos mortales de un aguamanil.
Un cuadro para un oratorio
que entre llamas presenta en montón

á las ánimas del purgatorio
bailando la polka de punta y tacón.

Un sombrero de copa sin alas,
un Cupido, sin alas también,
y entre dos esculturas muy malas
la mar de mendrugos en una sartén.

Construida con rabsos de pasas
por un fraile, la cara de Dios;
y un cacharro muy grande con asas
¡qué encierra las obras de Pérez Galdós!

En el fondo de un saco de noche
dos zapatos sin suela ni piel,
y á su lado los muelles de un coche
que se hizo pedazos en Carabanchel.

Un fusil, veintitrés papalinas,
las comedias del gran Calderón,
y un piporro con hipo y anginas
que en más de un entierro llamó la atención.

Una noria de hierro y madera,
las cubiertas de un viejo misal,
cien colillas en una sopera
y al lado un paraguas, un cubo y un chal.

Y retratos de Atila, Topete,
Juaneca, Luteró, Carulla y Sansón...
¡No hay más cosas en el tenderete
que ha puesto en el Rastro Joaquín el Pelón!

JUAN PÉREZ ZÓÑIGA.

PALIQUE

Amigo Sinesio: Una errata de MADRID CÓMICO me obliga á volver sobre lo dicho en mi último artículo. El Sr. D. Mariano Rentz—que por lo visto ahora resulta que no lo hay,—se queja por conducto del Sr. Lorenzo Coria, desde *El Noticiero*, de que yo le he llamado Rentoy en vez de Rentz. No he sido yo, señor Rentz; han sido los cajistas. Yo no me puedo quejar de las erratas, por motivos que pertenecen á la vida privada. El Sr. Mellado se lamentaba un día de que los cajistas de *El Imparcial* se le habían sublevado por mi culpa.

Más de una vez, al corregir las pruebas de mis libros, me he encontrado con escolios como estos al margen: «¡Mal rayo te parta! ¡Vaya una letra que usa V., compadre; mejor le fuera aprender á escribir que meterse á criticar! ¡Escribir de ese modo es robarle el sudor de su frente al pobre trabajador de la imprenta! etc., etc.» Se queja el Sr. Rentz porque me hacen llamarle Rentoy, y no se me quejó Dios á quien me hicieron llamar Díaz en cierta ocasión. En un artículo que pienso escribir, no sé cuándo, titulado «Las letras contemporáneas», he de probar, por medio de fac-símiles que sólo hay dos literatos que escriban peor que yo: Pérez Galdós y Sánchez Pérez.

Por lo demás, debiera V. hacerme más favor, señor... no sé quién. ¿Qué gracia tendría echarle á V. á perder el apellido?

Y ahora resulta que casi casi, no se llama V. de ninguna manera.

Pero llamémoslo h, y dígame por su vida si ha visto hombre más amable que yo. Y van con esta tres contestaciones. Se empeña V. en encontrarme vicios que no tengo, y no hay posibilidad de que se salga con la suya. Insisto en que no tengo soberbia, á lo menos que yo sepa. También insisto en que no merezco las alabanzas, y en que no me molestan las censuras. Pero no confunda V. las cosas; no es porque yo le niegue á V. intención, travesura y cuanto quiera; es porque los defectos que V. me atribuye, no rezan con la vanidad del literato unos, y otros, estoy seguro de no tenerlos. Creo que V., entre otros, ha dicho que yo alabo á los que son Ministros, ó lo han sido ó lo pueden ser. Aparte de que Ministros llegarán á serlo todos los españoles, y si no V. lo verá, yo hasta ahora no llevo hecho gran negocio con mis alabanzas de Ministros. Por alabar á Toreno he perdido cincuenta puestos en el escalafón, por donde cobro dos mil reales menos de los que debiera cobrar á estas horas; de mis elogios á Cánovas, Pidal, Balaguer, Villaverde, Martínez Campos, Casa-Valencia, Ruiz Gómez, etc., etc., están llenos los periódicos de Madrid y de provincias. ¡Oiga V. una lista de los Ministros á quienes yo he alabado de verdad! Castelar, Núñez de Arce... ¡y se acabó la lista! Castelar es mi jefe en política, y sobre todo... es Castelar. Y por deberle yo una amistad superior á mis merecimientos, y porque no digan, he dejado de elogiar muchos libros suyos, ¿qué digo? casi todos sus libros. *El Journal des Débats*, que no tiene sus columnas para perder el tiempo y el lugar, llenaba el otro día una plana con la crítica de las *Mujeres célebres*, de D. Emilio; y yo, misero *Clarín*, no les he dicho á las tales *Mujeres* por dónde se habían podrir. Y sepa V., Sr. Rentz, que los señores anónimos, óllámales h, no cesan de decirme que elogio á Castelar porque es quien es... En cuanto á Núñez de

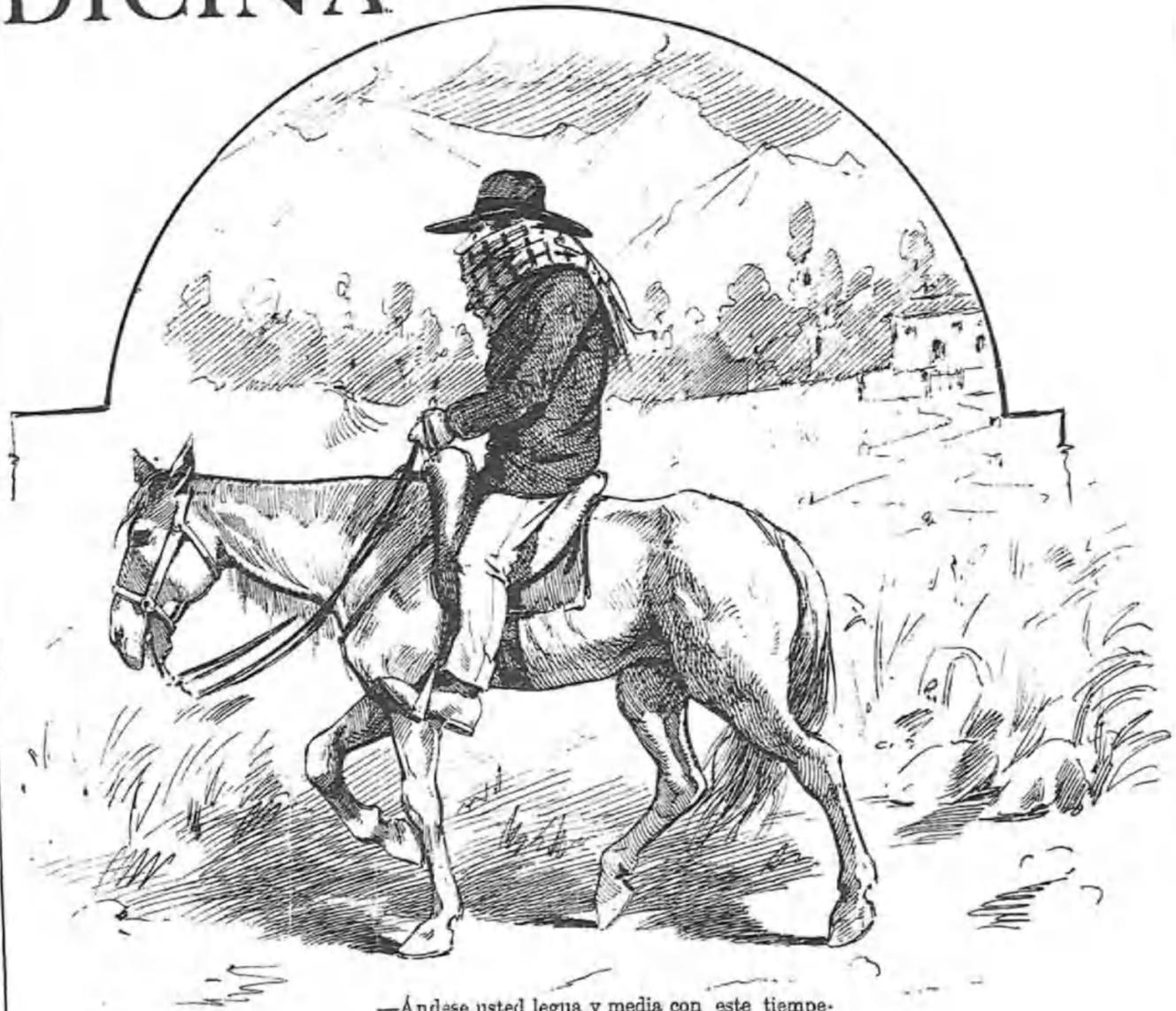
LA MEDICINA



—Eso que tú tienes es falta de glóbulos rojos.
 —¿Y cómo se cura?
 —Casándote... conmigo.
 —Y qué tiene que ver el matrimonio con los glóbulos?
 —Pues ahí verás tú; misterios de la diátesis.



—Voy a dar esos globulitos a la Casasa.



—Andese usted legua y media con este tiempo-cito, para que luego resulte que ese bruto no tiene más que una borrachera... ¡y sobre todo para que al año le den á uno un celemin de trigo! De trigo y tierra, por supuesto.



—Ya iré yo por allí á sangrarla a usted
 —¡pero si estoy muy deli!
 —No importa, hay que sangrar. ¡Sangrar siempre! *Sanguis moderator nervorum*, que decía Hipócrates.



—¡Ufi hay que Espiar ese estómago.
 —Por Dios, doctor, si lo he tenido siempre corao una patena!



—Si señora: usted tiene una enfermedad contagiosa.
 —¿Y cuál es?
 —No lo sé; pero el caso es que yo también me estoy poniendo malo.



—El virus! ¿Y que saben ellos lo que es el virus?

Arce, ni es probable que vuelva á ser Ministro, porque no quiere, ni me parece un elogio demasiado bizantino el que se consagra al poeta de los *Gritos del combate*.

Pero señores, ¿qué más? Ha habido quien me ha censurado porque aplaudía á los escritores buenos que no necesitan de mis aplausos, y persigo á los malos... ¡Me parece! Que pregunten al Ángel de la Trompeta lo que piensan hacer ellos en el Valle de Josafat el día del Juicio! Lo mismo... «Y á los malos, pena eterna porque no los guardaron.» Lo dice el P. Astete.

Ya escampa.

Ahora también *El Correo* (á quien debo muchas atenciones), sale con que alabo á los amigos aunque valgan poco, y censura á grandes notabilidades.

Esto lo dice el Sr. D. Andrés Miralles en un artículo que nunca agradeceré bastante.

En *tesis general*, tiene razón el Sr. Miralles: ni á mí ni á nadie se puede pedir *justicia seca*, como él dice. De otro modo, que yo, como cada hijo de vecino, me equivoco en mis juicios y cedo al apasionamiento á veces. Sea. En general lo concedo.

Pero el Sr. Miralles cita un ejemplo que es el que me obliga á contestarle y á protestar. Si no fuera por ese ejemplo, yo me callaría y dedicaría al crítico de *El Correo* todo un poema de *gratitud*, pues no otra cosa merece su artículo, hiperbólico á mi favor.

Pero el ejemplo no puede pasar.

Dice el Sr. Miralles que «en diversas ocasiones he presentado como novelista de tomo y lomo, á cierto escritor asturiano, muy mediocre, cuyo nombre callo por no incurrir en el feo vicio de señalar.»

Pues bien señalado está; no por lo de mediocre, que por eso nadie le conocería, sino porque el único novelista asturiano de quien yo he hablado bien, el único novelista asturiano que hoy existe, mejor dicho, es Armando Palacio Valdés. Porque de don Ceferino Suárez Bravo no hay que hablar; ese no es novelista, en mi sentir, y sobre todo, yo sólo he dicho de él pestes. Decir novelista asturiano hoy, es decir Armando Palacio; como decir novelista gallego, es decir Emilia Pardo, y novelista montañés, es decir Pereda. El Sr. Miralles, hombre de buena fe, me concederá que la alusión es transparentísima y equivale al nombre propio. Pues bueno; es absurdo lo que dice el Sr. Miralles. Palacio es muy amigo mío, sí; yo mismo lo he dicho al hablar de él. Y ¿qué le ha valido esta amistad? Que yo, por *egotismo*, le haya alabado menos que merece casi siempre. En cambio los reparos que he puesto á sus escritos han servido para que alguien dijera: «Y esto, señores, lo escribe un amigo suyo!» Valiente negocio ha hecho Armando Palacio con mis críticas... Por fortuna para nada necesita de mí, pues sus méritos son á estas horas reconocidos en todo el mundo literario. Y á la prueba me remito.

¡Vaya una *mediante* que saco yo á flote, Sr. Miralles! La segunda novela que escribió Armando Palacio está traducida al ruso y publicada en Rusia, traducida al inglés y publicada en los Estados Unidos. *El Idilio de un enfermo* se va á publicar en francés, y Lugol acaba de traducir en francés también la última novela de Palacio. De este novelista han hablado la mayor parte de las revistas más acreditadas del extranjero hace ocho días. *La Nueva Antología*, de Roma, la revista más acreditada de Italia, citaba á Palacio entre los mejores novelistas españoles contemporáneos. *Le Correspondant*, *La Revue bleue* y *La Nouvelle Revue*, de Francia, han consagrado sendos artículos encomiásticos á nuestro escritor asturiano; Alberto Savine habla mucho de él en sus libros de literatura española; en la América latina se leen con afán todas sus obras; en los Estados Unidos, una gran revista, de más de ciento cincuenta mil suscriptores, pone por las nubes al autor de *José*; entre nosotros, Emilia Pardo, Valera y otros críticos buenos, le colocan entre los principales... y después de todo esto, y mucho más que omito, resulta que el misero *Clarín* alaba á Palacio por pasión, ciego por la amistad. Cuando lo único que yo he hecho es dejarle á la altura en que le ha puesto la justa fama.

Sr. Miralles, venga otra injusticia mía, porque esa no nos sirve. El crítico de *El Correo* habla de notabilidades á quienes yo no reconozco todo su valor. Pero no cita ninguna. ¡Lástima!

Repito que reconozco en *tesis general* lo que el benévolo crítico dice de mí, que soy pecador como cualquiera.

Pero me reservo el derecho de analizar mis *injusticias* una por una cuando se me citen *nominatim*, ó con alusiones tan diáfanas como la de marras.

Para concluir por hoy: el Sr. Lorenzo Coria dice que hay quien insiste en asegurar que yo copié de *Pot-bouille*, novela de Zola, párrafos de un cuento mío publicado en *Solos de Clarín*.

Pues valiente embustero será el que tal asegure. *Pot-bouille* se publicó en 1882, y *Solos de Clarín* en 1881.

De modo que aún es *meis* imposible que yo copiara á Zola que el haberme copiado Zola á mí.

¿O cree ese señor que Zola me manda á mí sus libros antes de escribirlos para que yo los vaya copiando?

CLARÍN.

LA AUTORIDAD NOCTURNA

—Buenas noches.
—Buenas noches.
—Bien, pues si no corre prisa, dígame usted: la Manuela ¿es casada? —Sí señor.
—¿Arreglito? —Por la iglesia.
—¿Y qué tal es el marido? —Yo no sé nada. Eso á ella.
—¿Y dónde estará á estas horas? —¿Quién?
—El hombre.
—En la taberna de la esquina, de seguro.
—¿Qué usted más?
—Quisiera verla.
—No può ser. Es muy temprano y lá vecindá se enterá, y esa casa es un infierno donde están las malas lenguas, y yo no quiero en mi calle que haiga gritos y peleas, porque el delegado se pone conmigo como uoa fiera.
—Vuelve á llamar.
—Deje usted que le paria una centella.
—¿Que se abra con las narices ó que me pague la deuda? —Volviendo á lo de antes...
—Nada.
Puede usted darse una vuelta por aquí dentro de un rato, y... se hará lo que se pueda. Usted parece persona de principios y de prendas, y yo creo que un sujeto que la respete y la quiera, y pague, si á mano viene, el gasto de la taberna, es proporción que la haría mucha gracia á la Manuela.
—Y en cuanto al marido... —Ese es lo mismo que una cepa.
—Pues hasta luego.
—Hasta luego.
—Tome usted para que beba.
—Muchas gracias, señorito. Me voy á abrir á ese *peluso*.
SINESIO DELGADO.

—¿Hay que abrir alguna puerta? —Puede ser; pero no ahora.
—Pues ¿cuándo? —Cuando se pueda.
—¡Hola! ¿Está el marido en casa? —No lo sé.
—¿No? ¿Quién es ella? —La Manuela.
—¿La criada del entresuelo derecha del número veintiseis, alta, garbosa, morena, que tiene un cabo muy bruto que la acompaña y la pega cuando no le compra puros con la sisa? —No, no es esa.
—¿La jorobada del nueve? —Tampoco.
—¿Hay tantas Manuelas en el barrio, que no caigo como usted no dé las señas. —Pues... por la que yo pregunto me han dicho que es cigarrera.
—Acabáramos! ¿Es clarol Todos preguntan por ella.
—¡Hola!
—Como que se trae toa la vecindá revuelta. Miaja más ó miaja menos, á todos nos gusta esa.
—¿También á usted? —¿Qué demonio! Los hombres somos de tierra, vamos al decir, y... ¡es clarol —(No veo la consecuencia.) —Me parece que me llaman.
—Sí.
—Pues que espere quien sea. Conque... ¿qué quisté saber? —Dónde vive.
—En esa puerta, es decir, en esa casa, piso tercero, escalera interior, número cuatro, así entrando, á mano izquierda.
—Le llaman á usted otra vez.
—No importa. Es ese tronera del quince, que hace dos meses me debe las dos pesetas...

Á DOLORES

Lola, mi amor se declara aunque sea una locura. pues viendo estoy que tu cara me va á llevar ante el cura.
La verdad, yo no sé cómo me enamoré como un primo; y aunque tú me des un timo yo, querida, te lo tomo.
Me consta, sí, tu recato y tus deseos respeto; pero si aceptas mi *rate* pasaremos el gran *rate*.
Mi cariño se conoce en que ya á imitarle empiezo. Tú rezas, yo también *rezo*, resultados del buen *rate*.
Mi amor es un oceano que mis intentos abona; y puesto que eres tan *wona* cédeme tu blanca *wona*.
Te juro por mis bigotes que hallarás dichas completas;

yo no me valgo de *tratas* nunca para ciertos *tratos*. Soy franco como español y bueno á carta cabal y que al cabo si va mal tomamos el *si banol*.
Y que el matrimonio implica dichas que mi pecho invoca. Tú eres firme cual la *roca* y además de eso muy *rica*.
Seguiremos paso á paso nuestro amor hasta la fosa. Yo encontraré alguna *cosa* que nos sirva para el *cajo*.
Ámame, pues, á mí solo y yo te brindaré un cielo, que no habrá de polo á polo una pasión más al *pelo*.
Y aquí, Dolores, acabo pues después de esto se sabe que si no he dado en la *clava* menos daré en el *clavo*.

JULIÁN GARCÍA CUENCA

EL MENDIGO PECADOR

(APÓLOGO)

Con un fraile en un convento
quiere un pobre confesar,
y empíezase á persignar
con mucho remordimiento.

Comienza su confesión
diciendo varios pecados
que formarían contados
una larga relación;

pero humilde y tan contrito,
que cualquiera juraría,
si aquella escena veía,
que confesaba un delito.

El fraile de cuando en cuando
gruñe, arruga el entrecejo,
le un da un cristiano consejo
y continúa escuchando;

pero al oír lo siguiente
pone una cara que espanta:

—Padre: en la Semana Santa
pequé, pequé horriblemente.

—Dí la falta cometida
y perdonaré el pecado.

—Pues... ¡comí carne, y pescado
en una misma comida!

—¿Promiscuaste?

—Sí señor;
padre mucho lo he sentido;

pero no había comido
nada en el día anterior,

y al no encontrar otra cosa,
padre ¿qué había de hacer?

—Muy sencillo, no comer,
esa es la virtud hermosa;
si tú te hubieras privado
del alimento aquel día,
Dios y la Virgen María
te hubieran al fin premiado.

—Padre... yo...

—¡Calla, glotón!
ese pecado es horrible,
y es imposible, imposible,
concederte mi perdón.

—¡Infame! ¿dónde se ha visto
pecado y flaqueza tanta?
¡mezclar en Semana Santa
desobedeciendo á Cristo!

V... ¿qué comiste?

—¡Jamón.
—¿Conque pecaste á sabiendas?
pues si á Dios no te encomiendas
te niego la absolución.

—Padre... la necesidad
me obligaba á pecar... tanto...

—¿En qué día?

—En Jueves Santo.
—¿Qué horror! hijo, ¿qué impiedad!
¿Te arrepientes?

—Me arrepiento.

—¿Por qué comiste?

—Comí...

porque me dieron aquí
lo que sobró en el convento.

EMILIO DE MOTTA.

EN UN ABANICO

Bajó el candor de los cielos
con el pensamiento sólo
de buscar sobre la tierra
dónde colocar su trono.
Visitó mares, vergeles,
montañas, florestas, sotos,
campos bordados de rosas,
ciudades de jaspe y oro,

y desmayaba en su empresa,
no encontrando lugar propio,
para reemplazar del cielo
su resplandeciente solio.
Cuando al cielo se volvía,
vió tu peregrino rostro;
su anhelo juzgó cumplido
y le colocó en tus ojos.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

EL PADRE ALONSITO

Harto ya de la sotana
y de bregar con misales,
renegando del oficio,
llena el alma de pesares,
la boca de maldiciones
y el corazón de coraje,
se halla irritado y mohino
el Padre Alonsito Baez,
el que supo, en su desgracia,
ser el Judas de su clase,
cambiando el talar vestido
por la ropa del infame;
el que vierte sucia baba
sobre lo que á Iglesia sabe,
despreciando como infundios
lo que él proclamó verdades.
Hipócrita de virtudes
llegó á sí mismo á engañarse,
y hombre que todo es materia
fué del espíritu padre,
y en su aberración confuso
y en su delirio cobarde,
no quiso hacer del destino
la ley que obliga y atrae.
La sociedad le moteja,
ensálzalo el miserable,
el hombre honrado le huye
y el falto de alma le aplaude;

que los monstruos en el mundo
son á su manera grandes,
la admiración excitando
del monstruo, su semejante.
Ya no hay frenos que él no rompa,
ni barreras que él no salve,
ni deberes que le obliguen
ni leyes que le coarten,
y entre chulos y rameras
se revuelca en albañales
fabricados con el lodo
y el cieno de sus maldades.
El peso de la conciencia
ya no le agobia ni abate,
y aletargado en sus vicios
no procura despertarse;
que es el sueño un lenitivo
aliviador de los males
y para un alma dormida
no hay acíbares que amarguen.
Ya despertará, y el mundo,
que nunca perdonar sabe,
arrojará su memoria
á los sucios muladares;
donde, envueltas con el vicio,
que escoria al montón añade,
se hallan la mentira inmundia
y la traición detestable.

JOSÉ MARIA DE LUNA.



Estrañi ha recibido
la absolución:

le envió, además de la enhorabuena
la bendición.

(Esto no es verso, pero me sale
del corazón).

Recorte:

«Se anuncia, para el caso de que se lleve á las Cortes, una
oposición á la Gran vía que llegará á los mayores extremos.»
Justo.

Aquí, para una gran vía,
hay mucha gente pequeña,
como dijo el otro. Este otro es Felipe Pérez y Gonzalez.

Otro recorte sobre lo mismo.

Dice *La Correspondencia*:

«En nuestra opinión y por los informes propios que tenemos,
creemos inoportuno averiguar si fueron menos ó más los mani-
festantes, porque se nos figura que ha de pasar mucho y han de
ocurrir muchas cosas antes de que se lleve á efecto la Gran vía.»
También á mí se me figura.

Porque basta que una reforma sea de gran utilidad, para que
se opongan á ella todos los zorros
criados é por criare.

Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando;
mira que verá unas cosas
que no las verá el diablo.

Un anuncio:

«Almoneda. Hay juegos de alcoba.»
¡Juegos de alcoba! ¡Quite V. de ahí, pornográfico!

Escribes á tu esposo y te resientes
de que enfadado tus escritos tache.
¡Pues no se ha de enfadar, si siempre mientes
poniendo *hastas* sin h!

LICINIO SÁNCHEZ.

Se ha publicado el cuaderno X de *Los guerrilleros de 1808*,
que con extraordinario éxito da á la estampa el Sr. Rodríguez
Solís. Titulase este cuaderno *Nuevos campeones*, y está llamado á
agotarse inmediatamente, como los otros.

Hemos recibido los tres primeros números del *Semanario
elegante*, periódico que se publica en Barcelona. Editado con
lujo, conteniendo bonitos trabajos literarios y un par de foto-
grafías directas en cada ejemplar, tendrá larga vida ó no hay
justicia en Cataluña ni en el resto de la Península.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- Agripino*.—Eaviela de nuevo, firmada con su verdadero nombre.
Caro de la Roca.—Además de que es un puro pimiento, el verso «Mien-
tras se enfauquecía él» es más largo que el expediente de la Gran vía.
P. Liliacos.—¡Hombre! Aquí no se puede publicar eso,
Trompeta.—Lo primero que se debe hacer es medir los versos. Y en la
composición de V. no hay sombra de medida.
Satanás.—El artículo de V. sólo de de inexperiencia en el estilo y de
absolutó desconocimiento de las costumbres y tipos que pretende pintar.
Sr. D. G. M. y E.—Segovia.—Ustedes están malos, porque Segovia no
se ha publicado aún. Yo también siento que no me convidaran VV. Tiene
gracia lo de Meregilda Pérez.
Sr. D. A. O.—Madrid.—Es muy vulgar y no le faltan *lapins*. Por ejem-
plo: los árboles no tienen concha, tienen corteza.
Sr. D. P. L.—Madrid.—Es inocente
sencillamente.
Sr. D. E. de M.—Son impublicables, porque no resultan epigramas la
mayor parte, y los que resultan pasan de castaño oscuro.
Sr. D. J. A.—Valencia.—Bueno; pero eso no es de la índole del peri-
dico. Además es medianito, ¿eh?
Sr. D. L. M. S.—¡También V. es gracioso! ¡Vaya por la Virgen!
Sr. D. A. de M.—Pero, vamos á ver: ¿no es V. D. J. M. de L.? Pues
el estilo...
Cabito.—Se hace muy pesado, porque ¡claro! no se haría V. de florear
á su morena. Eso nos pasa á todos; pero no lo publicamos después.
Sr. D. J. B. C.—Madrid.—Serrecito me parece. Un consejo. No abuse
usted de la i latina y no escriba V. el verbo encerrar con h. Hace mal
efecto á la vista.
Pico largo.—No; artículos no.
Sr. D. S. V.—Me parecen muchos nardos. Es una composición *enard-
cida*. Esto sin contar con que la costá está mal hecha.



—Hace treinta y seis horas que aquélla se fué á misa y no se acuerda de volver... ¡Siempre ha sido lo mismo! ¡La pobrecita se entretiene con cualquier cosa!

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 20.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 620

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPAÑÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFES
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
en la Exposición Universal de Paris de 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARÍS
Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal. Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un album elegante que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el album, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar.	20 pesetas
Encuadernado en tela.	25
Cartulinas sueltas (cada una).	0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librerías y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100, es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.